

A woman with dark hair styled in an updo is seated on an ornate, floral-patterned sofa. She is wearing a vibrant red, off-the-shoulder, long-sleeved gown with a fitted bodice and a full, flowing skirt. The dress features intricate lace or brocade detailing. She is also wearing a matching red necklace and earrings. The background is a rich red wall with a subtle floral pattern. The overall mood is elegant and dramatic.

Nieves Hidalgo

LOS GRESHAM

*Lágrimas negras*

*Los Gresham.*  
*Lágrimas negras*

Nieves Hidalgo

Esencia/Planeta

*Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de cubierta: Jon Paul

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Nieves Hidalgo de la Calle, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2014

ISBN: 978-84-08-12847-2

Fotocomposición: Medium

Depósito legal: B. 6.709-2014

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

# 1



*Leeds. Cuatro días después*

Thara apuró su cena, deseosa de retirarse a su habitación cuanto antes. No le gustaban los parroquianos de la posada en la que encontraron alojamiento de camino a Londres, gente demasiado vocinglera y con demasiado alcohol encima. Además, la incomodaba la oscura mirada del individuo que, desde que había entrado en el comedor, no había dejado de observarla.

Quizá hubiese sido una temeridad viajar con la única compañía de su criada, pero estaba acostumbrada a valerse por sí misma y ya era tarde para lamentaciones.

Se le serenó el ánimo al recordar al bebé de su amiga Selena, a quien habían ido a visitar tras su reciente maternidad. Arrullarlo entre sus brazos, notar el calor de aquel cuerpecito que olía a leche agria y escuchar sus gorjeos le había resultado maravilloso. Hasta había sentido un poquito de envidia.

Pero ella había optado por el camino de la independencia hacía ya cuatro años, tras la muerte de su padre, y no pensaba cambiar de idea a pesar del bombardeo constante de sus hermanos para que se buscara marido. En su lecho de muerte, le había prometido a su progenitor cuidar de Eugene y de Emma, y se había propuesto hacer del muchacho un hombre de provecho y conseguirle un buen partido a su hermana.

Por otro lado, estaba empeñada en ganarse la vida del mismo

modo en que lo hizo su padre, Alfred Bannion, por mucho que la sociedad no lo entendiera ni admitiese. No resultaba fácil, por supuesto. El hecho de ser mujer y, además, joven no era la mejor carta de presentación para ofrecer sus servicios como detective. Reconocía que no era una ocupación al uso para una dama, pero le gustaba.

Su padre le había enseñado cuanto él sabía, que era mucho después de cuatro décadas trabajando con los Bow Street Runners. O tal vez ella fue una alumna aventajada, porque, a pesar de su sexo y su juventud, había conseguido resolver ya un par de casos. No demasiado importantes, ciertamente, pero eran un comienzo y no conocía mejor modo de incrementar la exigua herencia que les había quedado para salir adelante.

Desde el otro lado del salón, el sujeto que no había apartado los ojos de ella se recostó en su silla y sacudió la cabeza como si tratara de despejarse. ¿Qué diablos contenía la última botella que había pedido? Seguramente matarratas, porque se le había subido a la cabeza como un rayo, y eso que él soportaba bastante bien el alcohol siempre que no estuviera demasiado adulterado.

Todo era culpa de su compañero de viaje, Jersey Ballington. Y de sí mismo, a qué negarlo, por no haber rechazado la segunda botella. Ahora Jersey debía de estar tumbado en su cama cuanto largo era, roncando como un bendito, y él tenía la desagradable sensación de estar flotando viendo visiones.

Porque aquella muchacha de cabello color caoba y grandes ojos castaños no podía ser más que un espejismo. Eso sí, merecía la pena haber caído bajo los efluvios del alcohol con tal de poder disfrutar de esa fantasía.

Roberta Hop, la criada de Thara, se cubrió la boca para disimular un bostezo.

—Sube y acuéstate —le dijo ella—, yo iré enseguida.

—Ni hablar, señorita, ni hablar. No voy a dejarla sola, no voy a dejarla. Ese pájaro no para de mirarla, no para —replicó, y negó con la cabeza, haciendo esfuerzos por mantenerla erguida.

Thara puso los ojos en blanco. A veces la sacaba de quicio que Roberta repitiera siempre las frases. Normalmente le sucedía cuando estaba nerviosa y ahora sin duda lo estaba, volviendo la vista una y otra vez hacia el tipo que parecía tenerlas a ambas como centro de su atención.

—Sube de una vez —insistió—. La posada está a rebosar, ese hombre no va a molestarme.

—¿Está usted segura, señorita?

—Roberta, no seas pesada, por el amor de Dios.

La muchacha refunfuñó sin convicción, pero se levantó y se marchó escaleras arriba. Thara no pudo evitar echar un disimulado vistazo al otro lado del salón.

Aquel tipo la estaba irritando con su insistencia. No se dejó engañar por su apariencia de caballero, pero reconoció que su aspecto le gustaba. Era atractivo. Muy atractivo. Aun sentado, podía intuir que era bastante alto. De hombros anchos, algo que la chaqueta que llevaba no disimulaba, y cabello tupido y oscuro, tanto que la luz de las lámparas le arrancaba reflejos azulados. Pero lo más intrigante eran sus ojos, profundos, serenos y cálidos.

Como si al mirarlo le hubiera mandado una invitación, él se levantó. Thara se puso en guardia al ver que se acercaba con paso inseguro. ¡Por favor! ¿Estaba borracho? Lo único que le faltaba era tener que soportar a un hombre que no aguantaba la bebida.

Hizo ademán de marcharse, prescindiendo definitivamente del postre, pero una mano fuerte, de largos dedos, le atrapó la

muñeca. Antes de que ella tuviera tiempo de protestar, él le preguntó:

—¿Me aceptaría una copa, señorita?

«Tiene una sonrisa preciosa. Y de cerca es mucho más guapo», pensó Thara, clasificándolo de inmediato en la sección de libertinos que daban por sentada la conquista de una mujer con sólo chascar los dedos. Papanatas como ése había conocido unos cuantos y sabía cómo tratarlos.

Se soltó la mano de un tirón y le respondió con gesto adusto:

—¿No le parece que ya ha bebido demasiado, señor?

—Vamos, encanto —contestó él, sentándose a la mesa con todo descaro—, sea compasiva. Sólo quiero un poco de conversación.

—Debería irse a la cama. Y yo, lo siento, ya me retiraba.

—Insisto.

—Puede insistir cuanto le plazca.

—Por favor —pidió el intruso, con una sonrisa de lo más sugerente—. Un momento de su tiempo para comprobar que no es una entelequia.

—¿Cómo dice?

—Un espejismo, una fantasía, una quimera, una...

—Sé lo que significa «entelequia» —le cortó—. En serio, caballero, lo mejor es que se vaya a dormir, empieza usted a desvariar.

—¿Lo es?

—¿Qué cosa? —se impacientó ella, buscando al posadero con la mirada para ver si le quitaban de encima a aquel pesado.

Tampoco era cuestión de armar un escándalo por culpa de un borracho que no dejaba de mirarla con cara de pasmado. Debía de ser miope, porque ella podía ser cualquier cosa menos una mujer que llamara la atención.

—Un espejismo.

—Eso es —admitió, para zanzar el tema—. Un espejismo que desaparecerá ahora mismo.

Él no intentó detenerla, simplemente suspiró con la vista clavada en el contoneo de unas caderas estupendas. Pero cuando la vio subir la escalera, tuvo una sensación de pérdida tan intensa que lo impulsó a ir tras ella.

Thara, consciente de su gesto, se recogió el vestido y subió los escalones de dos en dos. Apenas había recorrido la mitad del pasillo, cuando el individuo la alcanzó, la cogió de un brazo y la obligó a darse la vuelta. Se encontró así entre la pared y el cuerpo masculino inclinado sobre ella, encerrada entre sus brazos y atrapada en el brillo de unos ojos oscuros y fascinantes.

—Suélteme o empezaré a gritar —siseó de muy mal humor.

—Puede hacerlo hasta que los muros de esta posada se derrumben como las murallas de Jericó, preciosa, pero ahora voy a besarla.

A Thara no le dio tiempo a reaccionar. Él bajó la cabeza y atrapó su boca. Ella se envaró y, rápidamente, introdujo sus brazos entre los cuerpos de ambos y presionó con los codos contra el pecho de él para empujarlo con todas sus fuerzas. No lo consiguió. Por el contrario, él la besó aún con más ganas y, a pesar de que sabía a alcohol, ese beso provocó en ella un estremecimiento que no supo cómo definir.

Del mismo modo imperioso en que la había abordado, la soltó. Luego se quedó mirándola fijamente con gesto hosco, casi como si la estuviera desafiando a vengarse por el atropello. Le pasó el dedo índice por el labio inferior y luego, sin una sola palabra de disculpa por su conducta avasalladora e inmoral, se hizo a un lado dibujando una burlona reverencia. Le dejaba expedito el camino.

Thara era una mujer decidida, pero en esa ocasión no supo

reaccionar. Le ardían los labios, ultrajados e impregnados del sabor a vino, pero sentía bullir alocada la sangre en sus venas. La aguijoneaba una imperiosa necesidad de cruzarle la cara de una bofetada, pero no lo hizo. Optó por escabullirse con celeridad, antes de que el acoso pudiera llegar a mayores.

Pasó por su lado, empujándolo, y echó a correr hacia su cuarto.

A salvo ya tras su puerta cerrada, se apoyó en ella para calmar su agitada respiración. Tenía los nervios a flor de piel. Se lamió los labios con la punta de la lengua, admitiendo a su pesar que, aunque lo lamentara, el beso le había gustado.

Ni ella ni el entrometido que permanecía en el pasillo con los ojos clavados en la puerta de su habitación fueron conscientes de la presencia de una mujer testigo de la inusual escena, quien, a su vez y en completo silencio, cerró la puerta de su propio cuarto.